

LA GUERRA

(Febrero 1991)

Con dolor hemos visto cómo ha saltado a los primeros planos de la atención mundial el tema terrible de la guerra al desencadenarse un conflicto de grandes proporciones en la zona del golfo Pérsico, en el cual están envueltos, junto a los Estados Unidos, numerosos países que atacan a Irak en respuesta a la invasión de Kuwait por aquella nación.

Una vez más, la acción violenta desata el mecanismo fatal de una reacción más violenta aún y quedan sumergidos en un mar de sufrimientos: hombre y mujeres, niños y ancianos, jóvenes soldados de uno y otro bando y sus familias.

Dejando a un lado los análisis tradicionales del derecho internacional sobre guerras justas e injustas y situándonos, en forma realista, ante la capacidad destructiva de los armamentos modernos, con el costo humano y económico de un conflicto bélico, mientras vastas regiones del planeta sufren hambre y están en un estado de postración frente a cualquier plan de desarrollo que, por falta de recursos, son incapaces de emprender, no se ve cómo hoy pueda justificarse plenamente la violencia bélica. La sensibilidad moderna, gracias a Dios, parece descubrir, cada vez con más claridad, que la guerra y la violencia no son caminos que conducen a ningún bien.

Por esto, el Papa Juan Pablo II, poco después de conocer el rompimiento de las hostilidades en el golfo Pérsico, declaraba con tristeza (y cito libremente): «Ha sido una gran derrota de la humanidad». En efecto, la humanidad, una vez más y cuando menos lo quieren los pueblos, ha perdido la batalla de la Paz.

La frase del Papa no es una simple declaración pacifista: él no condena únicamente esta guerra, su frase supera los argumentos ya manidos sobre «injusto agresor» o «legítima defensa» y mira al horizonte de una humanidad que debe descalificar TODA guerra, sea entre naciones diversas o al interior de los estados, por ser una falsa solución a los problemas del mundo.

Hoy nos impacta, por la masividad de los desplazamientos militares y el amplio uso de armamentos, el conflicto del Golfo, pero hace más de diez años, cerca de nosotros, en El Salvador, un país se desangra con una guerra fratricida que ha costado, al decir de algunos bien informados, más de sesenta mil vidas humanas; guerra que ha desgastado las energías de un pueblo que no la desea. Solo cuando el Arzobispo Romero cae fulminado o cuando son asesinados los padres jesuitas parece el mundo darse cuenta de que en ese país se reprime y se mata a mansalva, solo cuando la guerrilla lanza una ofensiva sobre barrios de la capital, que siempre parece ser la última, sentimos la urgencia de buscar un arreglo pacífico al conflicto, que será el único camino para que el pueblo salvadoreño alcance la paz.

Al mismo tiempo que el conflicto del Golfo Pérsico avanzaba con masivos bombardeos, cuando los ojos y oídos del mundo estaban fijos en el Oriente Medio, las tropas del gobierno central de la Unión Soviética entraban en dependencias oficiales de las naciones de Lituania y Letonia y ocurrían allí numerosas muertes; en Perú, «Sendero Luminoso» seguía matando y la violencia de los magnates de la droga en Colombia y de las facciones guerrilleras, que no aceptan las propuestas de paz, continuaban ensangrentando a aquel país.

Todas estas acciones violentas, rápidas o de larga duración, todas estas guerras de distinto tipo, son batallas perdidas por la humanidad, porque lo que es condenable es la filosofía de la guerra.

A la guerra y a la violencia hay que sacarlas de cualquier estrategia para el desarrollo o para el cambio político. No puede construirse sobre la destrucción del otro o de los pueblos. A la filosofía del enfrentamiento hasta llegar a las armas hay que poner un ideal de diálogo y solidaridad para construir un mundo nuevo sobre bases positivas. En una palabra, al estéril mecanismo del odio hay que salirle al paso con el programa constructivo y restaurador del amor, que tiene sus propias armas en el perdón, la reconciliación y la misericordia. Es este el Evangelio de Jesucristo. El destino del mundo se juega entre estos dos proyectos; o el del odio y su expresión que es la violencia con su secuela de destrucción y muerte o el del amor con sus frutos de conciliación, solidaridad y paz.

El *amor* es la propuesta de *Jesucristo* y yo, queridos hijos, en rechazo de TODAS las violencias, quiero repetir con ustedes la afirmación feliz del evangelista San Juan, que es la de nuestra fe cristiana: «*Nosotros hemos conocido el AMOR y hemos creído en ÉL*».

Al darles mi bendición los invito a orar insistentemente por la PAZ en el mundo.